



La Santa Sede

DISCURSO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI A UNA DELEGACIÓN DE LA ALIANZA BAPTISTA MUNDIAL

*Sala de los Papas
Jueves 6 de diciembre de 2007*

Queridos amigos:

Os doy una cordial bienvenida, miembros de la comisión internacional conjunta promovida por la Alianza mundial baptista y el Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos. Me agrada que hayáis escogido como lugar para vuestro encuentro esta ciudad de Roma, donde los apóstoles san Pedro y san Pablo proclamaron el Evangelio y, derramando su sangre, coronaron su testimonio del Señor resucitado. Espero que vuestras conversaciones produzcan abundantes frutos para el progreso del diálogo y el aumento del entendimiento y la cooperación entre católicos y baptistas.

El tema que habéis escogido para esta fase de contactos —"La palabra de Dios en la vida de la Iglesia: Escritura, Tradición y koinonía"— ofrece un contexto prometedor para examinar esas cuestiones históricamente controvertidas, como la relación entre Escritura y Tradición, la comprensión del bautismo y de los sacramentos, el papel de María en la comunión de la Iglesia y la naturaleza de la supervisión y del primado en la estructura ministerial de la Iglesia.

Para que se realice nuestra esperanza de reconciliación y de mayor fraternidad entre baptistas y católicos, debemos afrontar juntos temas como estos, con espíritu de apertura, respeto recíproco y fidelidad a la verdad liberadora y a la fuerza salvífica del Evangelio de Jesucristo.

Como creyentes en Cristo, lo reconocemos como el único mediador entre Dios y la humanidad (cf. *1 Tm 2, 5*), nuestro Salvador, nuestro Redentor. Él es la piedra angular (cf. *Ef 2, 21; 1 P 2, 4-8*); y la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia (cf. *Col 1, 18*). En este período de Adviento esperamos fervientemente su venida en un ambiente de oración. Hoy, como siempre, el mundo

necesita nuestro testimonio común de Cristo y de la esperanza traída por el Evangelio. La obediencia a la voluntad del Señor nos debe estimular constantemente a alcanzar la unidad por la que pidió de un modo tan conmovedor en su oración sacerdotal: "Que todos sean uno (...) para que el mundo crea" (*Jn 17, 21*). La falta de unidad entre los cristianos "contradice clara y abiertamente la voluntad de Cristo, es un escándalo para el mundo y perjudica a la causa santísima de predicar el Evangelio a toda criatura" (*Unitatis redintegratio*, 1).

Queridos amigos, os expreso mis mejores deseos y os aseguro mis oraciones para la importante obra que habéis emprendido. Invoco de buen grado sobre vuestras conversaciones, sobre cada uno de vosotros y sobre vuestros seres queridos, los dones del Espíritu Santo de sabiduría, entendimiento, fortaleza y paz.